

Piedra de Mar

de F. Massiani

La escritura
o la expresión de una vida*

Dalis Valera

Las ideas son como papagayos. Como papagayos que están sujetos a nosotros por hilos invisibles, y a veces hay demasiado viento y las arrastra y se las lleva tan lejos, tan lejos que es difícil regresar y saber de mí.
Piedra de Mar

En *Piedra de Mar* de Francisco Massiani se muestra un grupo de jóvenes que desarrollan su vida a través de una cotidianidad marcada en gran medida por el ocio. Dentro de este grupo se destaca la presencia de un personaje que intenta a través de la escritura, nombrar la vida. Nos referimos a Corcho. En este sentido, observamos en Francisco Massiani, la necesidad de plasmar la vida del “ser joven”, del muchacho, en sus diferentes manifestaciones. No del muchacho que opta por el ocio como destrucción, sino de aquel que se mantiene dentro de los linderos de lo aceptable socialmente. Así, mientras los amigos de Corcho están más pendientes del mundo común y tal como sucede con Ifigenia, que escribía para no aburrirse, asimismo, él asume la escritura como la forma de hacer algo, aún cuando en él mismo no exista tal convicción.

-¿Por qué escribes? [le pregunta José]
- Porque no tengo nada que hacer.
(a veces no sé si es verdad o mentira) p. 35.

Dice Juan Liscano en *Panorama de la Literatura Venezolana Actual* (1973), que “hay un apasionado deseo en Massiani, de ser verdadero, de afirmar la literatura en la vida, de transparentar la vida en la literatura”. Ciertamente es posible ver en cada joven de la novela de Massiani que nos ocupa, la expresión de una vida vivida en términos sencillamente reales. Sin embargo es Corcho, quien asume el reto de mezclar la vida y la literatura

a través de su necesidad de escribir.

Este personaje se ha planteado la escritura de una novela donde aparecen todos sus amigos con sus vivencias, esto es, se ha planteado escribir la existencialidad de la gente que lo rodea. De allí, que surge en él un rechazo interno a escribir sobre aspectos inventados, pues cuando comienza a imaginar escenas para su novela, se le agota el lenguaje. En este sentido señala:

Se me acabó el capítulo. Es decir, por más que quisiera mentir y hablar de cosas que no suceden, la imaginación se ve acorralada y burlada por personajes imprevistos que acaban con la novela. p.31.

Ahora bien, el hecho de que Corcho pretenda enmarcar su escritura en episodios solamente reales no quiere decir que no se plantee un trabajo sobre el lenguaje o que, por ejemplo, su sensibilidad no le permita alcanzar un manejo lírico del mismo. Al contrario, observamos en él la necesidad de plasmar, de la manera más evidente, más real, aquello que siente como más importante. “Me ocurre que no sé qué debo tomar en la vida” (p.50), dice en medio de una reflexión donde se interroga sobre lo más o menos importante para escribir.

Podríamos pensar que el personaje es un gran soñador, un ser que intenta disfrazar su intelectualidad tras lo que él considera que es una mentira. “Es que dejé los estudios para escribir una novela” (p.51) señala. Y esta frase se convierte en la puerta que da entrada a su escritura. A la persecución que inicia hacia sus amigos en búsqueda de hechos de la realidad; cotidianidades que para él son importantes pero que para alcanzarlas termina convirtiéndose en un verdadero tedio.

Te llamaba para preguntarte algo. Y no te calientes, por favor: ¿Qué están haciendo ahora?
-Oyendo discos.
-¿Seguro?
-Mira imbécil. Deja de fastidiar, ¿quieres?
Cierra. Así que vuelvo a sentarme frente a la máquina y escribo:
José y Julia no me ayudan a escribir la maldita novela. (p. 42)

Al igual que éste, son muchos los momentos en que el personaje intenta abordar, directamente, la cotidianidad para extraer momentos reales y convertirlos en literatura. Cotidianidad –dice Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad* (p.183)- no es más que... ruptura de un mundo caduco y reparación para el regreso final. Así, Corcho penetra en el mundo cotidiano

de cada amigo, un mundo que parece no tener salida sino que más bien se constituye en el ahogo del personaje que vive el momento. José por ejemplo, le cuenta su romance con Julia, un tanto temeroso de que Corcho lo use como motivo de su escritura. Le cuenta su angustia, sin embargo, como buen buscador de relatos, nuestro narrador se agarra de la historia contada por José para alimentar su novela. Convierte la cotidianidad del otro en fuerza de narración.

En su constante ir y venir, Corcho vive a través de una escritura que es expresión de su vida misma. Una vida que se hace palabra, lenguaje. Palabras que van surgiendo de su espontaneidad, de la única libertad que el personaje disfruta; es decir, cada momento en que se sienta frente a la máquina y deja que las palabras sean las que conducen su novela. En tal caso vemos por ejemplo, que su narración, a veces la hace para José, otras para Carolina, otras para el lector; en definitiva, para todos a la vez. Igualmente intercala narración para un lector cualquiera y narración para un personaje en especial.

Janía. Janía. Escribiré tu nombre tres veces. Cuatro. Cinco. Porque esta tarde es tuya... Es una lástima que no me puedas oír ahora. Es una lástima que te hayas casado tan temprano. Pero de todos modos recordaré por ejemplo tu sonrisa. Y escribiré: tu sonrisa sudaba en mis labios... El calor dulce de una canción de amor, en llamas de una fogata en la playa... ¿Te acuerdas? Fue para ti que escribí este pequeño poema. Pero ustedes no conocen a Janía... Y antes de contarles como era y las cosas que juntos hacíamos, me levantaré y tomaré café con leche y me comeré un pan con queso a la salud de todos. Por cierto, si no te hubieras casado, yo nunca hubiera podido hablar de ti... ¿Comprendes? (pp. 40-41)

Este manejo del lenguaje introducido en la novela por el personaje, está en correspondencia con su forma de vida, tal vez con su edad y hasta con su hacer diario. No hay una planificación del lenguaje, simplemente una necesidad de nombrar. Señala María Fernanda Palacios en *Sabor y Saber de la Lengua* (1987), que “todo escritor que busca darle sazón a su escritura tendrá que aprender a dejarles la iniciativa a las palabras y al fogón que las transforma”. En este sentido, la necesidad de expresar ya no se convierte en búsqueda en el sentido estricto de la palabra sino en emisión espontánea, en encuentro fortuito con el hecho. De alguna manera, Corcho es un escritor, un intelectual adolescente que a ratos participa de esa espontaneidad pero que por momentos también, queda atrapado en el lenguaje mismo cuando no encuentra respuesta, como cuando Lagartija, otro personaje de la novela no establece diálogo con él.

No quería contarme nada, y es de los que hablan. Ahora no sé que voy a hacer. (Dije, "qué voy a ser", y no "que voy a hacer"). Hay una gran diferencia entre las palabras que salen por la boca y las que se escriben. (p. 49)

Así como hay momentos en los que evidencia un juego con las palabras, con el lenguaje y donde muestra sabiduría, también a ratos padece la trampa de no poder contar. Sin embargo siempre regresa, porque el bienestar de su vida, parece depender de la escritura, de la palabra que nombra y le abre puertas. Dice Víctor Bravo que:

El hombre anda por el mundo nombrando las cosas, los seres, las pasiones, marcándolas con el hierro candente de las palabras, y, al hacerlo, transforma el mundo, el universo todo en una casa habitable. ("El Hombre y el Lenguaje" en Ensayos Desde la Pasión, 1994)

Este señalamiento de Víctor Bravo permite la razón de su hacer al personaje de *Piedra de Mar* por cuanto lo descubrimos bajo refugio solamente cuando es capaz de expresar; cuando su palabra le permite sentir que tiene acceso al mundo. Ahora bien, observamos en el personaje la necesidad de nombrar un mundo que pudiéramos llamar externo y que es el que persigue encontrar en el relato de sus amigos en la realidad misma. Pero hay otro mundo que no logra nombrar, otro lenguaje que le es difícil alcanzar. Es el lenguaje del enamorado. Esto desata o mejor dicho, profundiza el conflicto que se trastoca en desgarramiento, en desesperación y donde la posibilidad de la palabra se mutila. Por eso cuando Carolina le pregunta por la novela entra en un estado extremo de nerviosismo:

Inmediatamente comencé a temblar. Creo que temblaba porque sentía que había llegado el momento de hablarle... Comencé a temblar y Carolina se me quedó mirando... Para colmo vengo y le digo: -Mira Carolina, lo que quiero decirte es que tú sabes que yo... y no pude más. De la tembladera se me cayeron los dientes, la lengua, los ojos, las orejas. (p.20)

Esta imposibilidad se transforma en un estado de angustia para Corcho, donde el miedo, la soledad, la depresión van a rodear constantemente al personaje. De alguna manera, Carolina va a ser un símbolo idealizado para Corcho pero también su gran imposibilidad. En "Los Estragos del Amor" en *Ensayos Desde la Pasión*, 1994, Víctor Bravo señala que "el amor es un intenso sentimiento de idealización. Por este sentimiento la subjetividad despliega sus más altos poderes de metamorfosis de transformar el ser amado en objeto mismo de la perfección". Este sentimiento de pleni-

tud no debería generar angustia. Sin embargo, es justamente lo que le sucede a Corcho, a quien se le imposibilita el lenguaje no sólo con Carolina sino con cualquier otra muchacha que le llame la atención, que le parezca “bonita”, tal como él lo manifiesta y que termina sumiéndolo en la más terrible depresión. Recordemos por ejemplo cuando entra a una librería persiguiendo a una mujer catira, por quien compra una revista en francés para llamar su atención y que luego la desecha porque no la entiende y se deprime ante la indiferencia de la mujer. Igual sucede cuando sigue a una negra según sus palabras “es la negra más bella que hay en este mundo. Es una negra sencillamente insuperable” (p.65). La sigue, la observa y ante un piropo que le dice otro hombre, él señala “Yo nunca podré soltar nada simpático a una mujer” (p.66).

No sólo el sentimiento amoroso lo conduce a la melancolía. Cualquier eventualidad lo predispone y entristece. Sabemos que como adolescente, está propenso a estos estados depresivos, no obstante, ser sensible, ser intelectual, lo lleva al plano de la imaginación donde de alguna manera sueña despierto momentos felices pero donde descubre, a la vez, su realidad con gran pesar. Así por ejemplo en sus ensueños se descubre compartiendo con Henry Miller, Hemingway, Pavese, Lawrence, Salinger, Camus y un montón de escritores más (p.63). Siente verdadera plenitud. “Soy feliz”, dice. “Pero después salgo de la librería y camino ridículamente solo al lado de cientos de infelices que me ignoran” (p.63). Corcho representa al adolescente que está en constante búsqueda y es que pareciera que en esta etapa, el ser humano se debate entre distintos sentimientos, pero siempre apuntando hacia la afirmación de su identidad. Tal vez por eso ríe y llora con facilidad, con frecuencia se deprime y de igual modo muestra su mejor cara de satisfacción. Así, entonces, el adolescente de *Piedra de Mar* necesita la atención de Carolina, o de otra muchacha. Necesita buscar historias para escribirlas, necesita en todo caso una salida que lo afirme. Corcho es un soñador solitario al estilo de Gastón Bachelar. Un soñador “que comienza un concierto a cuatro voces” (*Poética de la Ensoñación*, 1994). Un soñador que dialoga con su amada, con sus amigos, consigo mismo en el momento infinito de su soledad y en la necesidad misma de buscar una salida a su angustia.

Esta salida parece estar enmarcada en la interrogación de su propio destino, en la reflexión sobre su existencia. En la conciencia de haber perdido un “año universitario” y en la posibilidad de haber en-

contrado en otra joven, su amor perfecto y con éste, el regreso a la Universidad.

En la tarde ella se inscribirá en la Universidad. Va a estudiar Psicología, y yo también. Así estaremos juntos (...)

Me siento realmente feliz. Creo que está saliendo el sol. Lo digo porque el cielo está más claro... Cuando llegues, Kika, te voy a regalar la piedra que conseguí en la playa. (p.138)

De alguna manera Corcho ha logrado esa conciencia establecida por la Modernidad y que coloca al ser humano frente a sí mismo, con su mirada hacia su propio ser y que le hace descubrir que goza y que padece.

Francisco Massiani logra magistralmente, nombrar a través de Corcho, un mundo, la reminiscencia de una época que quiere reiteradamente ser nombrada. Con sus incoherencias y sus aciertos. Donde es posible encontrar, en palabras de José Balza, “el malestar y la gloria”.

* XXIII Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. *Memorias*. Tomo I. 19-22 de noviembre, 1997. ULA-Trujillo. Digeceex, Conac, Fundaletra.